

LA BOVEDA DE DIOS

IGNACIO FERNANDO PEREZ GONZALEZ

*Primer premio, en castellano,
del Concurso «Villa de Rentería» 1988,
organizado por la Sociedad Ereintza.*

TUVE noticia por primera vez de la Bóveda de Dios una mañana de 1970, cuando trataba de recuperarme del frío en la Biblioteca Nacional de Viena. Había nevado toda la noche y la ciudad del Danubio aparecía cubierta de una delgada y limpia capa de nieve.

Recuerdo que mis dedos helados, sin la protección de los mitones, movieron con ímpetu aquellos pergaminos color ocre hasta el punto de temer que se consumieran al simple contacto con el aire. La fascinación que me produjo aquella escritura larga, casi borrada por el tiempo, hizo que adoptara una actitud hostil hacia mi entorno y sólo cuando hube sacado tales reliquias de la Biblioteca (no pensé entonces en las autoridades asútríacas) y las tuve bajo mi protección en el hotel, comencé a disfrutar del hallazgo. Desde la ventana de la habitación se adivinaban ya los colores en el tejado de la catedral. Encendí un cigarrillo, me tumbé en la cama y me dispuse a leer bajo la claridad de aquella mañana del invierno.

Conocedor de las lenguas clásicas no me costó trabajo entender el latín culto de las escrituras, que se debían a un tal Arnolfo della Poliziano, en vida en 1295, maestro de las no ciencias (así logró interpretarlo), habitante de la inmortal Venecia, dueña de las aguas mediterráneas, luz de luces en el floreciente comercio con el oriente, que logró trabar amistad con un joven desconocido de nombre Marco Polo, viajante secreto de las tierras del este, que llegó hasta la lejana Persia, Pamir, Pekín y la gran Constantinopla, hoy famoso y apodado Messer Milione, el cual le hizo saber que ciertos habitantes de la Indochina hablaban de una ciudad de edificios inmensos y recubiertos de oro, dominada por una inmensa bóveda, llamada de Dios, donde se encontraba el principio y fin de todos los tiempos. Interrogado por el autor de dichas escrituras el joven Polo no supo dar más razón ni paradero de dicha ciudad y por ello lo recogido de la Bóveda de Dios por el maestro della Poliziano se limitó a esta breve reseña, versando el resto de los pergaminos sobre la nefasta acumulación de poder en manos de la oligarquía comercial veneciana.

Así transcurrieron dos años antes de que volviera a tener referencias de la Bóveda de Dios. Fue mi amigo e ilustre arqueólogo sir Anthony Wild quien puso ante mis ojos una placa de terracota hallada en unas excavaciones de la India occidental, que podría remontarse al siglo I a. de J. C. con el primer imperio de la India de Chandragupta Maurya. El relieve de aquella especie de tablilla mostraba un hombre bajo una inmensa torre rematada por una cúpula de iguales dimensiones en la cual se representaba la luna y el sol, así como una planta y el rostro de una divinidad (según sir Anthony en absoluto vinculada con el culto budista).

No me costó ningún esfuerzo relacionar este testimonio con los pergaminos hallados en Viena. Desde ese instante sólo viví para resolver el misterio de aquel lugar sagrado, principio y fin de todos los tiempos. Supe que no me detendría hasta arrancar del olvido aquel inquietante vestigio de nuestro pasado.

Consulté multitud de libros y conversé con reconocidos profesores de historia, pero mis investigaciones se estancaron durante mucho, quizás demasiado tiempo.

Sentía que pasaban los años sin aprovecharlos, que el calendario deshojaba lánguida e inútilmente ante mis ojos. A veces contemplaba el firmamento desde la atalaya de mi ventana, aquel firmamento de azabache y luna que reposaba cada noche sobre la ciudad. Entonces pensaba que no había más bóveda que aquella que nos envolvía, inmensa, infinita, obra de un sólo dios y por lo tanto principio y fin de todos los tiempos.

Sin embargo no dudé que estaba equivocado. Una inquietud extraña y mezquina revolvía la boca de mi estómago todas las mañanas y llegué a reconocer que sólo la verdad, en el sentido literal de la palabra, podría devolverme de nuevo la calma.

Morí Mayo en su explosión de flores cuando recibí la carta de un instituto portugués de investigación histórica con sede en Lisboa, en la que se me comunicaba el deseo de dicha entidad de sostener conversación con mi persona, para lo cual se me costeaban todos los gastos de desplazamiento hasta la ciudad lusa así como el alojamiento en un hotel céntrico que disponía de todas las comodidades.

Allí me encontraba dos días después, una lluvia fina despertando la capital, el Tajo picado rebañándole las fronteras, dejándome llevar por uno de esos autobuses de dos pisos entre callejuelas cerradas y desniveles continuos, arrebujado en mi asiento, siempre con el castillo de San Jorge en lo más alto.

Junto al hotel donde me hospedaba había una confitería y el aroma de los dulces se acercaba a mi habitación sin el más mínimo de los recatos, por lo que terminé perdido en la ciudad con un suculento bollo recién hecho en una de mis manos y buscando los soportales para escapar de la llovizna.

El enviado por el Instituto de Investigación Histórica era un individuo pequeño, de ojos ralos y azules, que conocía perfectamente el español. Paseamos bastante rato por Lisboa (lo que más recuerdo es aquel ascensor inmenso que llevaba de una calle a otra) antes de que se decidiera a hablarme de lo que a los dos nos interesaba.

Como ya no llovía, nos sentamos en la terraza de un café, muy cerca de la plaza de Don Juan I, y allí aquel hombre me expuso cómo habían atendido (con la más absoluta de las cautelas) mi solicitud de recibir información sobre una posible divinidad india que se representaba por una gran torre, bajo la cual, el hombre se convertía en la más diminuta de las criaturas—por mi parte sólo les había puesto en unos leves antecedentes, claro—.

Me explicó de igual modo que aquello le resultaba algo familiar, pero no en relación a la cultura de los valles del río Indo

y río Amarillo sino más bien referido al Próximo Oriente, a la inmensa llanura de Mesopotamia, donde afloraron las primeras grandes ciudades, todas ellas oscurecidas por el esplendor de Babilonia.

Citó sus investigaciones (llevadas a cabo en colaboración con los más prestigiosos especialistas) sobre la escritura de estos pueblos del Valle del Tigris y del Eufrates, que como yo bien sabía, se plasmaban en tablillas de arcilla, en el conocido y nombrado sistema cuneiforme. Me habló de que existían millares de estos testimonios y que en ellos se recogían historias, descripciones, novelas e incluso diccionarios. Pues bien, en una de esas tablillas de arcilla, diminutas como un dedo de la mano, había recordado descifrar una referencia a una ciudad dormida de la que nacía una inmensa torre cilíndrica que rozaba los cielos. Naturalmente podría referirse a Babilonia y, además, mediaban casi mil años de la fecha que yo le había dado; pero consideré oportuno comunicármelo.

Después siguió charlando de aquellas eternas culturas, mientras me entregaba un cuadernillo con todos los datos que podrían resultar útiles para mi trabajo.

Al día siguiente Lisboa se despidió con un cielo vacío de nubes, el puente de Salazar achicándose bajo el avión y el mar brotando de pronto entre aquel laberinto de cuevas y edificios.

Sentado junto al fuego de la chimenea releí las anotaciones del profesor portugués, pero no saqué nada en claro. De nuevo me encontraba en el mismo laberinto: poseía testimonios lo suficientemente fidedignos como para sospechar la existencia de la Bóveda de Dios, mas no encontraba dato alguno que diera noticia de su emplazamiento. La historia conocía de ciudades arrasadas por el tiempo y la ambición del hombre, incluso de fastuosos imperios sumergidos en los océanos, pero casi ya en el siglo XXI era imposible aventurar la hipótesis de una civilización mítica enterrada bajo las fértiles tierras de Mesopotamia. No, la razón se imponía a todos mis deseos. Y el ánimo decayó en seguida, arrastrado por la acelerada fugacidad de las semanas y los meses.

Pero un día lo comprendí todo. La placa de terracota hallada en la India contenía además de la imagen de la torre, la representación de la luna, el sol, una planta y una divinidad. Repasé los trabajos del profesor luso y encontré esta cita: «No me moví y el esplendor de aquella ciudad inmensa pareció salirme al encuentro... Quise tocar sus edificios dorados, acariciar el ensueño de su majestuosidad y no pude...».

¡Ahí estaba la clave! ¡Por fin creía haber tomado el camino correcto! La ciudad dorada, la torre con la Bóveda de Dios... ¡No existían, nunca había existido! Y sin embargo pudieron contemplarse, pudieron ser recordadas y anheladas. Tenían una entidad que perduró de las culturas antiquísimas de Mesopotamia hasta casi el Renacimiento. Es más, hoy sería posible reencontrarlas... ¡sí, hoy! Aquella planta remota... ¿Cómo no lo pensé antes? Los mismos incas masticaban coca allá en las altas mesetas andinas.

Unos días después me entrevistaba con el santero de la ermita San Juan Bautista, en el valle pirenaico de Lérida, persona que con toda probabilidad (y a mi modesta opinión) era la máxima autoridad en el campo de la botánica, no sólo en España sino en el resto de Europa. Le expliqué paso a paso la labor de mis investigaciones (la garantía de su silencio nunca la puse en duda) y aquel hombre de inmenso saber me contestó moviendo sus ojillos inquietos hacia el recorte de las montañas. Necesitaba tiempo y estudio, sobre todo estudio.

Me citó en el mismo lugar dentro de dos meses y cuando volví a verlo paseamos por la vaguada, explicándome que del enebro se obtenía la nebrina con la que se fabricaba la ginebra, y multitud de cosas más de aquella majestuosa zona pirenaica. Acabamos frente a la ermita, bajo un cielo metido en nubes, asombrándome de que no sintiera la fatiga de la caminata como yo la estaba padeciendo en todos mis huesos. Pasamos al interior, donde vi un pequeño altar al final de la nave. El anacoreta desapareció de mi vista y al rato volvió para

depositar una bolsita transparente en mis manos. Ni siquiera le vi una sonrisa cuando me dijo que allí estaba la semilla de la planta que buscaba. Sólo leí en sus ojos que desconocía el poder de lo que me entregaba y que nunca querría conocerlo. Nada más.

Había un calendario en una de las paredes de aquella ermita. Una sombra tenue cruzó mi visión. Llevaba doce años tras la Bóveda de Dios y comenzaba a sentirme cansado, un poco viejo quizá.

Cultivé aquella planta con el más ardoroso de los fervores y lindaba diciembre cuando consideré que sus hojas ovaladas eran ya aptas para el experimento. Elegí una noche clara de luna llena y me senté en lo más alto de un cerro, con un bolígrafo y una libreta en los bolsillos. La llanura castellana apenas se adivinaba en las tinieblas y sólo se oía el rumor del viento helado arremeter contra algún lejano árbol. Encomendé mi alma a Dios antes de llevarme a la boca una de aquellas hojas oliváceas. Después, un sabor amargo, un escalofrío, una llama negra urgándome los pulmones...

Anduve sin moverme entre la encrucijada central de la ciudad. Las estrellas parecían cuchillos en la noche y el esplendor inmolado de la luz centelleaba en los tejados de zafiro, en el oro clarífico de las murallas eternas, en las ubérrimas calles nacaradas que no alcanzaban fin ante mis ojos. Brillaba en los alcores el ópalo noble de los palacios mientras arrastraba la magia del hechizo y trataba de avanzar entre aquellas casas por siempre vacías. Me incliné ante la inmortalidad sagrada de la ciudad y bebí de una fuente cristalina que regaba el parterre. Alcé los ojos y contemplé la magnificencia de la Bóveda de Dios. Gigante torreón rematado en una cúpula trenzada, que parecía crecer hacia los tiempos. Era yo una criatura insignificante, fútil, abyecta, entre los ufanos paredones que me rodeaban. No había luz en aquel túnel sempiterno pero pude apreciar la inscripción inmensa que enrollaba la bóveda. Comenzaba donde yo tenía mis pies y en remolino llegaba a las paredes para ascender y ascender hasta la enorme cúpula final, de donde parecía regresar hasta el origen. El tamaño de aquellos signos hendidos en la piedra doblaban mi estatura y creí morir en el empeño de transcribirlos a mi libreta.

Agonizó la noche en ígnea explosión y quedé tendido en el tozal, rozando el alba, sonriendo al descubrir mi vieja Castilla toda quietecita allí, a mi lado.

Sólo cuando logré descifrar aquella extraña escritura (el latín, el griego, los signos ideográficos e incluso el moderno inglés se mezclaban en los caracteres) tuve conciencia de no estar perdido en un sueño. Delante de mí agonizaba el misterio de la Bóveda de Dios, principio y fin de todos los tiempos.

Era invierno y las calles tiritaban bajo la ventana de mi cuarto. Habían pasado casi veinte años y todo parecía condensarse en un instante. La luz del flexo chispeaba ante mis ojos cuando leí...

«Y aquel ser indefenso y débil se le dio la inteligencia y la inteligencia le llevó a ansiar el poder sobre lo que le rodeaba y lo que le rodeaba no fue más que su esclavo silencioso, y medró y aprendió a vivir de su esfuerzo y el esfuerzo le exigió trabajo y el trabajo territorio donde se asentar, y el territorio derramó la esencia roja de su existir, pero cambiados mil veces los cielos conoció el poder de su mente y aprovechó la fuerza de los ríos y del viento y construyó ciudades e imperios que acabaron bajo la destrucción del fuego, y plasmó su pensamiento por escrito y la escritura engrandeció su espíritu y le llevó a otros lugares más allá del océano conocido y consiguió luchar contra la muerte y arrebatarle muchos de sus secretos, y llegó un momento en que la tierra que le fue dada dejó de ser lo más ansiado y buscó seres como él tras las nubes y los cielos y conocedor de la inmensa soledad que le rodeaba aniquiló su existir con sus propias armas y sobre la tierra conocida no quedó más que aridez y vacío.»

Pero en aquel campo yermo y estéril brotó un álito de vida y se reprodujo en las aguas cenagosas de la hecatombe y caminó bajo el sol alimentándose de frutos y hierbas podridas. Y a aquel ser indefenso y débil se le dio la inteligencia y la inteligencia le llevó a ansiar el poder sobre lo que le rodeaba y lo que le rodeaba no fue más que su esclavo silencioso, y medró y aprendió a vivir de su esfuerzo y el esfuerzo le exigió trabajo y el trabajo territorio donde se asentar...»

Dos días después retorné a Viena. El Danubio discurría sordo por la parte vieja de la ciudad y las avenidas arboladas se resquebrajaban en escarcha y tristeza.

Estuve caminando horas y horas entre aquellos edificios grises y helados y sólo cuando se adivinaba la noche regresé a la Biblioteca Nacional para devolver aquellos primeros pergaminos, sabiendo que por más que los ocultara estaría condenado a reencontrarlos eternamente.

